

Tiempos modernos, jponerías y salvación. Apuntes sobre la novela *María Domecq* de Juan Forn a partir de algunos autores clásicos de la sociología.

Por Julián Vazeilles¹

Eso quería decir que nos narramos sin tregua una historia inventada por nosotros, una historia de al que extraemos nuestro origen y en la que encontramos la confirmación, una historia en la que nos obstinamos en creer porque sólo ella puede salvarnos.

Kazimierz Brandys (citado por el Juan Forn en *María Domecq*).

Introducción.

La presente ponencia se propone constatar la vigencia y el potencial interpretativo actual de algunas categorías nodales del pensamiento sociológico clásico alemán de los siglos XIX y XX, al utilizarlas como instrumento interpretativo de la novela contemporánea argentina *María Domecq* de Juan Forn publicada en el año 2007. Los autores clásicos tratados son Simmel y Krakauer, aunque también se incluyen referencias a Marx y Weber. Como punto de partida teórico-metodológico, concebimos a las narrativas como lugares de construcción de la temporalidad, la historia, la identidad y la experiencia, centralmente a partir del enfoque del análisis narrativo propuesto por Paul Ricoeur (1996). Éste otorga capital importancia a la *puesta en trama* de la narración, que es a su vez una *puesta en sentido*, en tanto ella define las posiciones –y transformaciones- de los sujetos. Nos proponemos así tratar en nuestra modesta medida algunas mediaciones de procesos medulares de la modernidad en los itinerarios del narrador que componen la trama de este relato autobiográfico. Entre los procesos pensados por los sociólogos clásicos que abordamos se cuentan el de racionalización del tiempo, desencanto, religiosidad, alienación y división social del trabajo. La novela incluye además dos perspectivas orientalistas contrastantes, dos representaciones rivales sobre el Japón que serán sopesadas en función de la alteridad que le presentan a algunas problemáticas y polémicas autodefiniciones de lo moderno.

¹ Becario Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA- CONICET.

Breve sinopsis de la novela *María Domecq*²

Las peripecias de la historia de Madame Butterfly inician el relato de Forn. Lo que comenzó siendo "una pequeñísima anécdota de la vida portuaria japonesa", entre 1885 y 1905 se convirtió, en su pasaje de mano en mano, "en nouvelle francesa, opereta europea, cuento norteamericano, vaudeville atlántico y, por fin, gran ópera italiana". Este asunto traba relación con su vida familiar cuando un historiador le sugiere a Forn que el almirante Manuel Domecq García, su bisabuelo, prohombre del bronce familiar pudo haber inspirado al protagonista occidental de Madame Butterfly. El indicio conduce a una posible rama "podada" de la genealogía oficial familia: un hijo japonés del marino. Mas habrán luego otras apariciones. Forn sufre un cataclismo del páncreas, desencadenado por un colapso físico y mental al que contribuyen una ambición sin límites y la presión de los estimulantes mayores de la época del menemismo: el éxito -en particular, éxito material e intelectual como director del suplemento cultural Radar- y los estupefacientes de diversa índole. En pleno proceso de recuperación, se le aparece una mujer que leyó su nota y le cuenta que ella también es bisnieta del almirante y nieta de "la loca del atillo" -otra rama silenciada, en este caso porque esta hija del hombre de la Armada era "retrasada"- . La aparición de María Domecq -quien padece lupus- propicia el repaso por lo conocido y el rastreo de lo desconocido, velado, en la familia del narrador. Así descubrirá entre otras cosas que el bisabuelo mítico y heroico fue el ideólogo de las masacres de la Semana Trágica, a comienzos de 1919, "el responsable del primer pogrom en territorio argentino -escribe-, el organizador del primer grupo paramilitar a gran escala en la historia de nuestro país". El itinerario de la novela retrocede hasta la guerra del Paraguay, donde murió el tatarabuelo Tomás Domecq, pasa por la guerra ruso-japonesa de comienzos del siglo XX -el almirante fue el encargado de llevar hasta allí dos naves que el gobierno argentino le vendió a Japón- y por la Segunda Guerra Mundial, de la que el tío abuelo "bastardo" Noboru Yokoi participó a raíz de su alistamiento en el Ejército Imperial, por la vanguardia artística y política del barrio de Akasuzá en Tokio y desembarca de este lado del Atlántico, con el afincamiento de este

² Esta sinopsis se apoya en gran medida en la síntesis de la novela publicada en el suplemento *Radar* el 30/09/2007.

hombre y sus dos hijos en la comunidad Yuba, cerca de San Pablo. Forn remata la novela con una inflexión intimista y hasta bienaventurada sobre su nueva vida frente al mar con su esposa e hija.

El trajín moderno y sus intermitencias.

El ensayo de Sigfried Krakauer, *Los empleados* de 1930 nos resulta de particular interés ya que transita la capilaridad de la experiencia cotidiana –en la vida de la gran empresa alemana, sin que este gesto le haga perder de vista cuestiones históricas más fundamentales, sino al contrario. La escala de esta mirada pormenorizada resulta sumamente productiva para abordar el temario de su trabajo: los empleados como mercancías, que no solo venden al mercado su fuerza de trabajo abstracta sino su juventud y apariencia, la repentina obsolescencia etaria de dicha mano de obra, el desamparo espiritual de los empleados –por su débil conciencia y solidaridad de clase en contraste con el proletariado, y por la pérdida de los valores burgueses-, la administración total de la vida cotidiana en la empresa, el manejo racionalizado del tiempo, las frustraciones derivadas de la especialización y la rutinización, entre otros. Para Krakauer, constituye una tarea de primer orden el “juzgar la existencia normal en su inapreciable horror.” (224). Es justamente la principal flaqueza de la joven intelectualidad radical alemana de su tiempo el no preocuparse por el “núcleo de lo dado”. Le cuestiona el hecho de abocarse a atacar solamente los síntomas, las aberraciones excepcionales del capitalismo. E interpela: “¿Cómo ha de transformarse la vida cotidiana, si ni siquiera le prestan atención los que están llamados a subvertirla?” (225). Así, su trabajo compone una rica trama en la que integra un trabajo de campo “microsociológico” y unos interrogantes que señalan problemas “macro”. De este modo, en el texto de Krakauer concurren también destinos de individuos, sus derroteros laborales-profesionales y la concomitante alienación anímica y humana. En este punto –y salvando las diferencias de procedimientos textuales específicos dados por los distintos géneros discursivos y de las instancias institucionales de circulación de los textos- se acerca relativamente a la novela de Forn, quien también intenta narrarse su destino.

Juan Forn también es un empleado. Mas no de los del tipo del ensayo de Krakauer, sino que es un trabajador de la cultura, un escritor y periodista de un suplemento cultural (llegó incluso a ser el director del suplemento). Su vida y sus alienaciones no son idénticas a las de *Los empleados*, y al mismo tiempo su novela no se reduce a solamente poner en escena un drama laboral. Es posible afirmar que los padecimientos de Juan Forn en el comienzo de la

novela se basan en el problema del uso del tiempo, racionalizado titánicamente, y esto está ligado en su esfera vital profesional con la dinámica del mercado comunicacional: la exigencia de ritmos de producción basados en la circulación semanal del suplemento, y no en las temporalidades basadas en las necesidades estéticas y teóricas del *métier*. Esta cuestión comporta un matiz particularmente intenso si la inscribimos en el marco de lo que Simmel denomina la tragedia de la cultura en la modernidad. Hay un divorcio y de ribetes trágicos entre el volumen de la producción cultural de la época -que crece a ritmos exponenciales- y la (in)capacidad de un individuo singular de apropiarse del acervo. Si esta autoconciencia de la finitud marca el tono de la vida cultural moderna y constituye un universal dentro de su dominio de incumbencia, asume rasgos más angustiosos en la “provincia” particular que constituyen los miembros del campo intelectual y del periodismo cultural, pues de ellos se espera erudición y originalidad. Antes de su coma pancreático, Forn se ufanaba de leer febrilmente cuanto libro que aterrizara en los escaparates de las librerías. Esto le implicaba una organización metódica de la vida, metodismo desencantado de cualquier contenido trascendente y marcadamente *sui generis* si el punto de comparación lo constituyen las organizaciones vitales referidas por Max Weber en *La ética protestante...* Es posible puntear muy sucintamente un par de detalles al respecto. Podría pensarse que el uso de sustancias estimulantes se encuentra por cierto alejado del ideal ascético weberiano. Sin embargo, dichas sustancias comportan en Forn una finalidad ambivalente: si por un lado vehiculizan momentos de ocio donde se dejan en suspenso las obligaciones instrumentales profesionales, por el otro lado constituyen un insumo “ascético”, un instrumento estimulante y propulsor de la cuantiosa labor creativa-intelectual. Si bien resultaría factible caracterizar de una manera apresurada y algo superficial de intelectual-bohemio a dicha forma de vida, hipotetizamos que esto no excluye el señorío de determinadas figuras de la virtud, sino al contrario.

Mas esto no es todo. Aquí la tragedia de la racionalización-especialización (weber) y la alienación dada por la ocupar solamente una posición dentro división social del trabajo dejando otras posibilidades vitales (Marx)³ llega a un punto cúlmine. Incluso la esfera de especialización donde abreva una considerable parte de sus fuerzas vitales, la literatura, implica una experiencia mutilada de lectura, a causa de su ritmo y la velocidad. No se trata entonces del pleno desarrollo y realización de esta esfera de la vida, como área de especialización requerida por la sociedad, aunque esto implique el costo de dejar de lado a otras aspiraciones del individuo. Aquí estamos pensando la tensión entre individuo y sociedad

³ Tal como lo afirma Karl Löwith (2006) en sus reflexiones sobre el pensamiento de Marx en *La ideología alemana*.

tal como la entiende Simmel (2002). El individuo no se inclina a realizar la completitud de la esfera requerida por la sociedad sino su propia plenitud, pujando en contra de dicho requerimiento societal para completarse a sí mismo al realizar las distintas esferas vitales que lo atraviesan. Sin embargo, justamente la hiperdesarrollada esfera literaria, a pesar de la gran atención a ella dedicada, es la que está fallida, se encuentra horadada por una temporalidad que la excede. Sus valores o fines últimos –estéticos, cognoscitivos- se retiran de las tablas dejando tras de sí una estela de desencanto (Weber). Citamos al narrador:

“Apenas había coqueteado fugazmente con la idea, de la misma inconsecuente manera que consideraba, por ejemplo, dejar el periodismo, quemar las naves, salir a recorrer el mundo, irme a vivir a la montaña, o al lado del mar como mi hermano Emilio, y así recuperar esa relación áulica con la literatura que, para cuando me internaron en el hospital, era incapaz de experimentar no sólo cuanto intentaba escribir sino hasta cuando me sentaba a leer a mis autores favoritos.” (71)

Se apuntó no obstante que estas coordenadas laborales y su agobio solo caracterizan los momentos iniciales del personaje en la novela. Podría pensarse que la trama de la novela realiza un arco dantesco ascendente: Forn comienza relatando sus andanzas en el infierno hospitalario y su vida anterior; luego la purgación en la instancia de recuperación y de vínculo sentimental con María Domecq, sumado al trabajo que realizan ambos de búsqueda del hijo “bastardo” del almirante y de investigación genealógico-familiar; finalmente el ascenso de su nueva vida frente al mar con su esposa e hija⁴. Respecto a esta última instancia, encontramos una resonancia, una experiencia que se asemeja a la relatada en uno de los casos reseñados por Krakauer, quien nunca deja de considerar las condiciones de existencia de los individuos. Se trata de un vendedor sobre el que afirma luego de describir su vida laboral y su tiempo libre:

“Muy de vez en cuando la economía deja libre un hueco como éste, en el que uno de abajo que vale algo puede ser exactamente tal como quiere.

⁴ Por este motivo al final de este trabajo se abordará la cuestión de la salvación a partir del concepto de la religiosidad en Simmel

Algunos permanecen inseguros durante toda su vida, como aquella secretaria que conozco –pequeñoburguesa hasta la médula- que busca darse aires de entendida introduciendo siempre un *well* en su conversación.” (Krakauer, 2008: 175)

Es notorio que Forn no tiene un origen socioeconómico “de abajo” como el vendedor de Krakauer. En contraste, su origen familiar lo liga al patriciado argentino. Sin embargo, Forn por expresa decisión personal se apellida “Forn” a secas –que significa “horno” en catalán y connota “una vida de trabajo”-, se despoja del apellido más ilustre García Domecq, que queda en manos de sus parientes y de la historia. Y no se trata solamente de un asunto que concierne al solamente al Registro Civil: abandona ciertas posibilidades que la cuna brinda –y frente a las cuales siente una gran ajenidad- y deviene un intelectual de izquierda, debiendo ganarse la vida en el periodismo. En este marco destacamos el “hueco” que supo ocupar en el mundo de la prensa para sustentar su nueva vida.

María Domecq conjuga su modo azar y destino. Si el destino lo constituyen ciertas marcas fundantes de la modernidad -asumir un rol en la división social del trabajo y cierta racionalización y administración ominosa del tiempo-, el azar está emparentado con su interrupción – lo que también abre caminos hacia la crítica y la resistencia-. Así, la –dicho literalmente- vertiginosa carrera (profesional) de Forn encuentra un límite impuesto por lo dominado en la modernidad tecno-científica occidental: la naturaleza, en particular, su propio cuerpo físico que, dicho sin sentidos figurados, colapsa. Haciendo gala del orientalismo muy presente en la novela, pareciera encarnar tácitamente el refrán de origen chino que proclama que en cada crisis surge una oportunidad. El goce de la licencia médica podría no haber constituido ninguna inflexión significativa en la vida de Juan Forn más allá de un descenso del ritmo de actividad para no invitar a los efectos del estrés, de no ser por la irrupción de María Domecq. Lo que es destacable es la nueva relación con el tiempo que el estadio de recuperación le permitió, una disposición a la escucha, antes obliterada por su hiperactividad “moderna”:

“Sé que si María Domecq me hubiese encontrado no el hospital sino en cualquier otra parte, en cualquier otro momento, yo no le habría dado el tiempo que le di para contarme su enfermedad. Y dudo mucho que ella se decidiera a contármela, a confesarse así, si el que tenía enfrente hubiese sido el que yo era antes de que me internaran.” (59)

Y no solo surge un espacio de confesiones mutuas y contención sino también un intenso vínculo afectivo que orilla lo incestuoso –son primos no demasiado lejanos-. Se trata de una relación que resulta ser breve –un par de meses- y potencialmente provocadora para la familia, aunque la viven de forma muy íntima, sin darla a conocer ni generar rupturas. Sin embargo, este desafío tácito se vincula con el rechazo de Forn a los puntos nodales del relato familiar oficial. María Domecq descende de una rama silenciada de la genealogía ilustre, y es ella quien lidera en la iniciativa de encontrar a Noboru Yukoi, perteneciente a la otra rama podada de la familia. Noburu cruzó personalmente el mundo en los años cincuenta para encontrarse con su padre, el almirante Manuel García Domecq. La hija del almirante, y a la sazón su media hermana, lo dejó literalmente en la calle, un portazo fue lo único que recibió Noburu de la casona de Palermo Chico –aunque en el pasado el almirante había mantenido una correspondencia secreta y también le había enviado remesas de dinero-.

El repaso por la historia familiar no solo los lleva a desmitificar la figura de almirante –y encontrar su rol protagónico intelectual y materialmente en las jornadas de la semana trágica, algo que por lo tardío del hallazgo en la vida de un intelectual de izquierda avergüenza al narrador-. Al mismo tiempo, disputa el credo orientalista familiar surgido de la relación del Almirante con el Japón. La casona familiar de Palermo chico tenía una habitación destinada exclusivamente a acopiar y exhibir “japonerías”, una variedad de objetos decorativos y de condecoraciones. Sin embargo, el sentido atribuido a su culto estaba lejos de exaltar el exotismo de lo japonés, exotismo que suele ser consubstancial a la mirada etnocéntrica y estereotípica de muchos orientalistas europeos:

“[Manuel García Domecq] En su informe, reniega de la visión europea que creía que ‘aquel país de hombres con abanicos que vivían en casas de papel no pasaría nunca de ser una simple chocarrería... La caricatura, la crítica alegre de los escritores europeos, especialmente los de raza latina, con ese espíritu imaginativo y poco observador propio de ella, nunca se ha detenido a estudiar a fondo el espíritu de esta civilización, contentándose con describir la vida apacible de sus *geishas* y *mousmés*...’ También se encarga de desautorizar unos de los pocos análisis que existían entonces sobre la organización militar japonesa... [que] define a la infantería nipona como endeble e incapaz de realizar largas travesías cargando equipo de guerra. ‘Tal cosa constituye el mayor de los disparates. Careciendo casi en absoluto de caballos, en ninguna

parte del mundo se emplea más la fuerza humana para la tracción de toda clase de vehículos... Hay en Japón medio millón de *kurumayas* matriculados, hombres que no tienen otra ocupación que arrastrar vehículos y que son capaces de recorrer hasta 65 kilómetros diarios. Ellos solos formarían la más brillante infantería del mundo.” (109-110).

En otros pasajes de la novela se exalta también el espíritu de autosacrificio de los nipones y su sentido de la disciplina. Esto último en conjunción con lo milenario de sus tradiciones y su moral militar redundan en una celebración del orden, acaso como respuesta a otro emergente de la modernidad: la vida urbana, la desestabilización de los valores tradicionales vinculada al auge de la economía monetarizada, las masas aluvionales amenazantes y disolventes de la unidad nacional, la cuestión social y la lucha de clases y las resonancias del anarquismo. De este modo, con la restitución de la rama podada del árbol genealógico no solo se repone lo bastardo excluido por una moral familiar estricta, paralelamente se controvierte el recurso a Oriente como terapéutica espiritual para los “males” modernos occidentales, que la inmigración trajo consigo a estas orillas. Y esta impugnación se da a partir de la inclusión de otros aspectos de la vida japonesa que no tendrían lugar de expresión en el marco interpretativo del culto familiar del Japón. Luego de la revolución soviética, y más aún en el mundo posterior a la segunda guerra mundial, entre otros impulsos transformadores en Asia, dentro de los grupos más radicalizados la consigna un panasiatismo rojo estaba a la orden del día. Para entonces, prácticamente las dos terceras partes de la población del planeta vivían en países con regímenes socialistas y una gran mayoría de aquellos residían en el continente asiático -considerando el componente asiático de Rusia y de las otras repúblicas soviéticas-. Dentro de esa ola iniciada luego de la revolución de Octubre, en el minoritario grupo de comunistas japoneses se cuentan la ex *mousmé* del almirante Yae Bano y su hijo Noburu Yokoi. Y sobre las aventuras –y desventuras- en experimentos políticos y comunitarios de ambos también se habla en *María Domecq*.

Sobre la salvación.

En el pasaje siguiente el narrador le otorga la palabra a Boris Pilniak el “joven heraldo de la literatura soviética”, quien visitó Japón en 1922 y participó en varios mítines a propósito de la Revolución de Octubre en el barrio de Akasusa, Tokio, escenario de la “modernidad” y la vanguardia japonesa. La novela cuenta que el impacto de la revolución Rusa fue de tal magnitud que incluso muchos de los “modernos” de Tokio renegaron del culto indiscriminado a las novedades occidentales y la revolución pasó a ser el objetivo excluyente de la vanguardia. Citamos el relato de una intervención de Piniak:

“Luego de pasar su adolescencia en una comuna anarquista, sostenía que era necesario aprender a verlo todo con ojos nuevos: reivindicaba la vida comunal como la única vida digna, sostenía que en el comunismo auténtico el primer deber lo constituía el amor a los semejantes y a ello oponía el entumecimiento de lo humano que representaban la máquina de la burocracia y las hipocresías del comercio (a las que llamaba “los lobos del hombre”). Como Gogol, Dostoievsky y Tolstoi, creía que los males de Rusia se debían al vano, “antinatural” esfuerzo por europeizarla y reivindicaba con fiereza el componente asiático, que según él tendría un rol decisivo a la hora de extirpar la ponzoña de su tierra natal y de toda Asia” (195, MD)

A partir de lo citado, bien podemos pensar que se trata de un proceso histórico concreto, de un relato meramente político. Aquí referido una experiencia propia, sino a acontecimientos en los que participaron sus antepasados pero que se entroncan con la resubjetivación del narrador en sus trabajos sobre las “ramas podadas” de la genealogía oficial de su familia. Y es justamente la dominante autobiográfica de esta novela la que remite tanto a sus anclajes en procesos históricos como a la subjetividad del autor, a la experiencia que de la mano de Simmel denominamos “religiosa”.

Según el sociólogo alemán, la religión constituye una categoría formal de la experiencia subjetiva humana: no constituye su núcleo esencial ningún contenido dogmático o doctrinario de alguna religión particular, ni tampoco el problema de la objetividad o el grado de realidad que detente alguna entidad divina trascendente. Se trata de una experiencia subjetiva, de una constitución unitaria y fundamental del alma humana que puede versarse

sobre múltiples objetos, de una forma *a priori* de la conciencia humana. De este modo, dicha disposición volitiva no necesariamente está circunscripta a una práctica socialmente institucionalizada como “religiosa”- y hasta puede entrar en colisión con ella-, sino que puede “colorear” distintas esperas de la praxis humana. La salvación mentada por esta idea de religiosidad no constituye un fin o un deseo en sí mismo, sino que es “el nombre para el lugar de nuestros deseos” (155). Mas no se trata de cualquier deseo: los deseos que darían lugar al egoísmo proceden de las esferas más externas de la psiquis de los individuos, los anhelos materiales por ejemplo están orientados hacia lo externo, el impersonal mundo de las cosas, y no hacia lo más propio del individuo. Simmel se refiere al círculo del alma más “interno”: los deseos de libertad, de poder expresar lo más íntimo, propio, singular e irrepetible de cada individuo: el desplegar las fuerzas vitales según la ley del Yo comporta a su vez el estatuto de mandato divino.

Así, a partir de este marco interpretativo y de su uso heurístico de las categorías de forma y contenido, religiosidad y política no se encuentran en una relación de exclusión. Hay en la última cita un eco piadoso que resuena con fuerza: el “amor a los semejantes”, un reenvío a la doctrina cristiana del Amor. Simultáneamente, el llamamiento a “extirpar la ponzoña” hace lo propio respecto al tópico de la purificación, figura habitualmente insoslayable en diversos rituales religiosos. Amén alusiones explícitas como las apuntadas – que remiten a cuerpos doctrinarios religiosos concretos-, resulta posible hipotetizar entonces que esta las figuras relatadas de la historia del siglo XX –los contenidos- están coloreadas por un ímpetu religioso –forma fundamental de la experiencia subjetiva-. Y no solo aquellas figuras históricas, sino que es posible arriesgar que dentro del tornasolado de voces que componen la novela, el impulso salvífico le da el tono a una de sus voces más relevantes.

La escritura de Juan Forn indaga y tantea recorridos textuales para la expresión de lo más íntimo de sí mismo y en su “salvación”. Esta novela resulta así un interesante ejercicio autobiográfico que se aleja de los repliegues narcisistas de autocelebración del yo que las comunicaciones mediático-informáticas contemporáneas. Y sería impropio decir que la salvación en la novela se limita a una cuestión de salud –por haber atravesado el duro trance de la pancreatitis y el estado de coma- pero sí la incluye. Tampoco que remita al éxito material – o al mero atrincheramiento defensivo- en un contexto de oscilaciones sociopolíticas que genera vulnerabilidad social en las mayorías y exclusión. Por el contrario, encontramos en relación a la noción de salvación una marcada sintonía entre Forn y Simmel (1996: 160). Y afirmamos esto sin realizar forzamientos léxicos, ya que Forn utiliza el

término “salvación” y consideramos que con un espíritu similar. Por salvación Forn remite al rescate de su “origen”, a un camino iniciático de búsqueda que redundará en una confirmación de lo más propio de sí mismo. Narra Forn:

“Y yo necesité siete años para entender qué fue María Domecq para mí.

Cuando miro a mi mujer y mi hija perdidas de risa... y yo oigo sus voces y voy a unirme con ellas, sé que esto que siento desbordar en mi pecho es lo que sentía María Domecq cuajando estaba viva.

Ellas dos saben algo que ella sabía. Algo básico y esencial en la vida, que a muchos parece estarnos vedado y en realidad es que nos lo vedamos solos: saber dar, saber aceptar cuando te dan.” (233-4)

Al mismo tiempo, anuda su singularidad con lo general-colectivo, por un lado a nivel temático, por su inscripción en un relato histórico colectivo; por el otro, más propiamente simmeliana, a nivel “formal”. Así, Juan Forn nos narra la suya singular, su propia experiencia. Mas al narrarla y al compartirla, al constituir su novela autobiográfica un enunciado que busca el encuentro con sus lectores, se erige como una parábola, invita a estos últimos a repetir su gesta y gesto, su salvación.

Con el propósito de hacer eco del aliento a los lectores que realiza Forn, cerramos este trabajo con las palabras finales de la novela (y pedimos disculpas al lector por el antipático gesto de anticipar un final, que de todos modos no tiene gran relevancia diegética).

“Solo queda decir que este libro es, a pesar de sus precisiones históricas (sobre el almirante, sobre la Semana Trágica, sobre Yuba, sobre los primeros comunistas de Japón), una novela. Un novelista no sabe hacer otra cosa, aunque crea estar haciendo cónica periodística, investigación histórica, ensayo, biografía o cualquier otra variante más o menos camuflada del buceo confesional. Para decirlo más enfáticamente, con las palabras del polaco Kazimierz Brandys: “Eso quería decir que nos narramos sin tregua una historia inventada por nosotros, una historia de la que extraemos nuestro origen y en la que encontramos la confirmación, una historia en la que nos obstinamos en creer porque sólo ella puede salvarnos.”

Aquello que yo llamo María Domecq en este libro fue mi tabla de salvación después de la pancreatitis: la manera que encontré para convertir en pasado, en relato, aquello que amenazaba ser un presente perpetuo para mí, el rito de pasaje que me permitió pasar de la enajenación y el miedo a esta vida actual junto a mi mujer y mi hija en nuestra casa junto al mar.

Lo que amamos nos cambia

Nos rescata.

A veces, hasta nos limpia la sangre.

Genki ni narimasu. Que tengan salud ustedes también.”

Bibliografía citada.

Forn, Juan. *María Domecq*. Buenos Aires, Emecé, 2007

Kracauer, S.: *Los empleados. Un aspecto de la Alemania más reciente*. Barcelona, Gedisa, 2008.

Löwith, K.: *Max Weber y Karl Marx*. Barcelona, Gedisa, 2006

Ricouer, P. *Si mismo como otro*, México, Siglo XXI, 1996

Simmel, G.: *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Península, 1996.

-----, G.: *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona, Gedisa, 2002

Suplemento *Radar* del diario Página 12. 30/09/2007.

Weber, M.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, FCE, 2006.